

Miro a mi alrededor y echo la cabeza hacia atrás. Entonces, los veo. Nadadores retozando. No se me ocurre otra palabra. Sus cuerpos juveniles giran y se mueven en el agua.

Cuento cuatro. Aun cuando alguno se sumerge, no mira hacia el fondo donde estoy agazapada. Mi pánico disminuye. Desecho la idea de huir. Aunque miraran hacia abajo, no podrían verme a través de lo turbio. No son como yo. Mi visión es tan buena bajo el agua como en tierra.

Recupero el ritmo cardíaco y me instalo a esperar, deseando que no tarden demasiado. No quiero tener que explicarle a mamá dónde estuve tanto tiempo. Decididamente no le puedo decir la verdad. Me daría un sermón que terminaría con un *te lo dije*.

Evalúo al grupo. Las dos chicas en bikini son perfectas, como para hacer publicidad. Una de ellas juega con el muchacho delgado, entrelazando sus piernas, y él la acaricia bajo el agua.

Trepan al muelle flotador y vuelven a zambullirse en la laguna. Repiten este proceso varias veces, sus piernas dan fuertes patadas al nadar de regreso al flotador y sus cuerpos desaparecen del agua cuando se impulsan sobre la plataforma.

Al principio es medianamente interesante. Un vistazo a otro mundo. *Humanos*. Uno de los chicos parece muy cómodo en el agua. Nada como una nutria, su cuerpo fuerte y firme cortando a través del agua como una máquina bien aceiteada. Observo cómo el cabello se le echa atrás al nadar y despeja su rostro, dejando al descubierto las líneas marcadas de sus rasgos, los ojos profundos que no se molesta en cerrar debajo del agua. Contemplo sus movimientos fluidos, el trabajo de sus músculos... y su pecho, como esculpido, que nada tiene que envidiar al de un draki. Me doy cuenta de que ya hace varios minutos que lo estoy observando.

Tamara, la hermana de Jacinda, vive fascinada con el mundo más allá del clan. Con los humanos. Yo no. He sentido poco más que indiferencia, orgullosa de pertenecer a una especie más antigua que el hombre. De vivir en el clan. De poseer la capacidad de nadar por debajo del agua todo el tiempo que quiera, de volar. De tener una mejor amiga que exhala fuego. Reconozco que mi vida, mi mundo, son extraordinarios. Nunca deseé nada más. En especial, el contacto con los humanos. Lo único que remotamente me interesa fuera del clan, que anhelo, es nadar en el océano. Algún verano. Eso. Ese es mi sueño.

Y sin embargo, no puedo quitarle los ojos de encima a este chico. Su misma entrada en el agua es impecable, plena de gracia. Ojalá pudiera ver qué hace sobre la plataforma. O verlo cuando está en el aire, antes de atravesar el agua.

Entonces me percato de que no están simplemente zambulléndose. Están practicando saltos audaces para llegar a más profundidad. Queda claro que vienen aquí a menudo. La intrusa soy yo.

Al cabo de unos momentos, una de las chicas se instala en la abertura interior de la plataforma. Estudio cómo patea suavemente con sus piernas estilizadas mientras sus tres amigos continúan con las zambullidas.

Inhalo y exhalo mientras el agua escapa por mis labios. Parpadeo y observo las piruetas de los tres. Me pregunto cuánto tendré que esperar hasta que se vayan.

El chico más delgado decide hundir al otro, pero falla miserablemente. El que termina hundido es él, pero no antes de que yo pueda ver la tensión por el esfuerzo y la vibración de los músculos del otro chico cuando lo empuja debajo del agua. Me mantengo suspendida entre las algas, con los pies apenas tocando el fondo y ardo por acercarme para ver mejor, pero no me atrevo.

Históricamente, la curiosidad ha significado la muerte o la desaparición de muchos drakis. Cuando un draki desaparece, se presume que los cazadores, los humanos, han tenido algo que ver. Recordarlo es motivo suficiente para detenerme.

Igualmente, continúo mirando al muchacho desde mi escondite, admirando su cuerpo que es todo músculos trabajados y tendones flexibles. Por lo menos tendré algo para contarles a mis amigas cuando vuelva a casa. A Jacinda le va a divertir. Habitualmente, es ella la que me arrastra a la aventura. Y la que nos mete en problemas. Estoy casi orgullosa de haber logrado por mí misma estar en esta situación precaria. *Casi*.

Por supuesto que me sentiré mejor cuando haya sobrevivido y esté sana y salva. Entonces podré recordar y réirme.

Pero no todavía. Especialmente cuando el objeto de mi admiración, de pronto, se zambulle más profundamente. Su cuerpo se dispara como un misil hacia lo hondo. Directo hacia mí. Mi corazón se detiene en mi pecho mientras él sigue acercándose, cada vez más abajo, al parecer sin ningún apuro por volver a la superficie a respirar.

Mi draki se agita, se despierta en mi interior. Mi rostro se pone tenso, se estiran mis huesos. La energía surge por mi espalda. Por debajo de mi carne, mis alas pugnan por escapar.

Me mantengo absolutamente inmóvil, como si pudiera suprimir lo que soy, como si mi más mínimo movimiento fuera a atraer su atención. Mi

mirada salta a mis brazos que flotan delante de mí y puedo ver lo que ya siento, lo que *ya sé*. Comienzo a manifestarme. El brillo iridiscente de mi piel azul resplandece como un faro a través de las aguas turbias y de las plantas.

Mis branquias se mueven con mayor velocidad. Mi espalda se estira y ondula, se pone tensa. Las siento allí, son mis alas, empujando, listas para escapar en libertad. Agacho la cabeza y resisto. En realidad, estoy resistiendo a mi miedo. El miedo hace imposible que mantenga mi apariencia humana. Es un talento que está instalado en nuestro ADN. Un mecanismo de defensa de nuestra especie. Si alguna vez me capturarán, los humanos solo verían a la draki. Un animal. Para ellos, una simple bestia. No sabrían lo evolucionados que somos. Que podríamos ser esa chica que pasa a su lado en cualquier tienda.

Así es que me quedo quieta, esperando que él no se dé vuelta y vea el resplandor azul que soy.

Mis branquias trabajan con mayor velocidad, bombeando agua rápidamente a través de mí. Es mi versión de tomar una respiración profunda y tratar de recuperar la calma... e intentar serenarme. No debo entrar en pánico. Eso solo lograría que mis alas se desplegaran. Estaría perdida.

No puede permanecer debajo del agua por mucho tiempo. Y por cierto que no puede nadar tan profundo como para verme. Tendrá que respirar. Eventualmente.

Mi visión se agudiza. Lo estudio. Sus cabellos oscuros ondean hacia atrás mientras desciende. Aun con las burbujas que escapan de su nariz, puedo ver su rostro. *Sexy*. Creo que así lo describiría una típica chica humana. Rasgos definidos, como tallados. Mandíbula cuadrada. Una nariz marcada y recta sobre su boca ancha. Tiene cejas tupidas y pestañas negras sobre unos ojos cuyo color no llega a distinguir en el agua. Solo parecen oscuros y profundos como el fondo inalcanzable de una caverna infinita.

Por fin termina el descenso y vuelve a impulsarse hacia la superficie. Mi miedo comienza a esfumarse. La presión en mis omóplatos cede. Arriesgo un movimiento y mi cuerpo serpentea hasta el borde de las algas mientras

veo sus piernas fuertes dar patadas para salir fuera del agua. Espero Inspiro profundamente dejando que una gran cantidad de agua penetre hasta llenar cada rincón de mi ser. Espero no tener que quedarme aquí toda la mañana.

La chica que continúa con las acrobacias quiebra el agua. Cae rápidamente, pero hay algo diferente. No se mueve. Sus brazos flotan abiertos y flojos. No está despierta.

Mis ojos se disparan de la chica inconsciente hacia sus tres amigos. La muchacha que flota en la abertura continúa deslizándose suavemente en la superficie, sus piernas apenas se mueven en el agua.

¡Presten atención! ¡Su amiga se está ahogando!

Uno de los chicos vuelve a zambullirse, el más delgado de los dos; no es el que estuve contemplando embobada. Es increíble pero no perciben que la chica se hunde. Con tranquilidad regresa nadando a la plataforma. Ninguno se da cuenta de que ella no ha vuelto a salir a la superficie.

Me adelanto con el cuerpo como avisando a sus amigos que se den cuenta de que ella no está, instigándolos a que la busquen, a que la encuentren antes de que se hunda demasiado profundamente.

Escucho un grito desde arriba. Es un alarido tan alto y desesperado que atraviesa el agua. De repente, todo es frenesí.

Zambullidas. Gritos. Nadan de manera atolondrada, dan brazadas alocadas. Saltan debajo del agua y van de un lado a otro en forma errática, intentando abarcar la mayor área posible.

Pero es demasiado tarde. La chica ya está muy por debajo de ellos. No pueden llegar a tal profundidad. Solo uno de los chicos alcanza a llegar cerca. Baja hasta los tres metros y medio, una catarata de burbujas estalla en su nariz, el pelo oscuro es una nube salvaje a su alrededor. Una mano pasa muy cerca de la cabeza de la chica. Tan cerca... pero no alcanza.

Finalmente tiene que volver a salir para respirar. Observo con ansiedad cómo se dispara hacia la superficie, pateando con fuerza. Me muerdo el labio inferior, clavándome los dientes. ¿Cuánto tiempo ha estado ella acá abajo?

Demasiado, me responde una voz interior.

No puedo dejar que simplemente se ahogue. Todo en mí se retuerce y grita con convicción.

Sé que hay reglas, ordenanzas que gobiernan a mi especie, pero no voy a permanecer escondida mientras alguien se ahoga frente a mis ojos. No cuando la puedo salvar.

Con un gran empujón, nado hasta su lado. Aparto las aguas desechando todos los miedos y forzando todo vestigio de mi apariencia draki a que se repliegue.

Envuelvo un brazo alrededor de la chica. Sujetando su cuerpo liviano junto a mí, pateo hacia la superficie.

Mi cabeza irrumpe en el agua mientras los otros todavía la buscan. Tomo una bocanada de aire, como si me faltara, como si hubiera estado debajo del agua, sin respirar, por mucho tiempo. Obligo a mis branquias a que se retiren, sellándolas, enterrando esa parte de mi ser.

Me aseguro de mantener el mentón por encima del agua para gritar.

—¡Aquí! ¡La tengo!

Todo ocurre rápidamente a partir de ahí. Casi ni me miran. Uno de los chicos, el musculoso, me la arrebató, la envuelve con un brazo y nada hacia la orilla. Yo la podría haber llevado hasta ahí mucho más rápido, pero ¿qué puedo hacer? ¿Quitársela de un manotazo?; eso no se vería bien.

Los otros dos van tras ellos. Los sigo lentamente, tomándome mi tiempo para convencerme de que todo está bien. Ellos entraron en estado de pánico como para preguntar quién soy o específicamente de dónde he salido como por arte de magia.

Para cuando los alcanzo, ya tengo el cuento, diré que estaba pasando por allí y me lancé al agua. En cuclillas, rodean a la muchacha inerte. Un magullón horrible mancha el centro de su frente. Solo puedo adivinar que se ha golpeado contra la plataforma al zambullirse.

El chico de pelo oscuro le aplica RCP. No me sorprende que lo

haga. Todo en él grita *fortaleza, eficacia*. Su amigo abraza a la otra chica mientras ella solloza.

Se detiene para escuchar el pecho; el pelo le chorrea sobre el torso de la chica.

—¡Vamos, por favor, Anna! —la angustia en su voz es palpable. Deben estar enamorados.

No puedo evitar preguntarme si alguien alguna vez llegará a desesperarse así por temor a perderme. Mis padres, claro; ellos me aman, mis amigas, Jacinda... ¿pero alguien tendrá alguna vez tal determinación de mantenerme con él?

Lanzando una palabrota, la da vuelta y con fuerza la golpea en la espalda varias veces. Me contraigo al ver los golpes y hundo los dedos de mis pies en la grava de la orilla. Se me revuelve el estómago. Tendría que haber actuado antes. No debí haberme detenido a pensar. Una vida es una vida.

—¡Anna! —chilló la otra chica—. ¡Despierta!

El muchacho la voltea nuevamente e insiste con la RCP. Su mirada apenas se posa en sus amigos cuando les habla.

—¡Los teléfonos! —grita—. ¡Troy, llama a emergencias!

Sacudido como si lo hubieran abofeteado, Troy abandona a la chica sollozante y corre hacia un Jeep aparcado cerca.

—No la dejes morir, Tate —suplica la amiga con un alarido—. ¿Me escuchas?! ¡No la dejes ir!

Tate no acusa recibo de sus palabras. Continúa en movimiento, flexionando y estirando los bíceps. Trabaja como un poseído. Sus rasgos severos e intensos; es como si en ese instante fuera capaz de cualquier cosa. Hasta de regresar a alguien de la muerte.

A pesar de que el aire está más cálido, me recorre un escalofrío como una corriente helada, y cruzo los brazos, envolviéndome.

—Rayos —exige con aspereza—. Respira. No se supone que deba ser así. ¿Recuerdas? Recuerda. Teníamos un plan.

Una vez más, odio no haber reaccionado antes. Casi tanto como detesto

estar contemplando esta escena como si fuera mía. Preguntándome si alguien como este chico alguna vez se cruzará en mi camino y se quedará porque no puede imaginarse la vida sin mí.

Y en ese momento, algo maravilloso sucede. Ella tose.

Rápidamente, Tate la voltea de costado y a los golpes quiere sacar el agua de la laguna fuera de ella. Sé que tendría que desaparecer ahora, sabiendo que se ha salvado. Debería simplemente irme en silencio.

Solo que no puedo.

Es como si estuviera pegada al sitio. Observando a Tate que se inclina sobre la chica. Pálida y aún con los labios violáceos, es una de las chicas más hermosas que jamás haya visto. Es lógico que alguien como él muera de amor por una muchacha como ella.

Boqueando, Anna logra un ronco “¡Deja de golpearme!”.

Se relaja y ríe, el sonido pleno de alivio. La tensión de sus hombros cede y se sienta sobre sus talones. Ahora puedo ver que tiene ojos oscuros, profundos e infinitos como los bosques en la noche.

—Una buena herida de guerra tenemos aquí —opina Tate con un silbido entre dientes, al tiempo que extiende la mano hacia el magullón.

Ella se la aparta con brusquedad.

—¡No lo hagas!

—Es probable que tengas conmoción cerebral. Deberíamos llevarte a una sala de emergencias.

Abre la boca para responder pero antes de que lo pueda hacer, Tate la levanta en sus brazos.

—Vamos. A que te revisen.

Todos van hacia el vehículo.

Con un sacudón, me doy cuenta de que es hora de que me vaya. Antes de que se percaten de mi presencia y se den vuelta a mirarme.

Me apresuro hasta los árboles donde dejé mi ropa. Al llegar al límite del bosque, giro y miro por encima de mi hombro, sin poder evitarlo. Me digo que es solo porque estoy preocupada. Que quiero estar segura

de que está bien. Le salvé la vida. Es como si estuviéramos... unidas. Eso es todo.

Pero no la miro a ella. Lo miro a él.

¿A quién quiero engañar? Lo he estado mirando desde que llegaron a la laguna.

Solo que esta vez, él me está mirando a mí.

Se ha detenido y ha girado, enfrentándome desde la distancia, con la chica todavía en sus brazos como si no pesara nada. Esos ojos oscuros se posan en mí. No tan oscuros como su cabello pero de un castaño profundo. Como los colores ricos y terrosos que pueblan el bosque en casa.

Se lo ve desconcertado. Como si recién me viera. Y tal vez solo ahora registra mi presencia. Pasado el pánico inicial, ahora puede recordar que estoy acá. La chica que apareció milagrosamente en medio de todo y que rescató a Anna.

Un suspiro tembloroso escapa de mis labios. En parte estoy emocionada por su atención. Pero solo en parte. Siento su mirada como una caricia, una caricia que quema. Sus ojos son intensos y profundos, y pasean sobre mí cubriéndome por completo como una ola, sin que se les escape nada.

Un temblor recorre mis piernas. *Muévete. Vete*, le ordena mi voz interior a mi cuerpo.

Da un paso en mi dirección. Como si se hubiera olvidado de sus amigos. De la chica que está en sus brazos. Como si quisiera venir hacia mí.

—¡Tate!

El sonido de su nombre quiebra cualquier hechizo que se hubiera apoderado de él. Pestañea y mira a su amigo.

Los ojos de Troy van de él a mí, con una expresión de perplejidad en su rostro. Agita una mano en el aire, impaciente.

—¿Vienes, o qué?

Suficiente para mí. Es el único recordatorio que necesito.

Huyo hacia los árboles, apenas inclinándome a recoger mi ropa al pasar.